

INVESTIGACIONES SOBRE MÚSICA VIRREINAL EN LAS CATEDRALES DE MÉXICO, PUEBLA, GUADALAJARA, OAXACA Y DURANGO

J. Jesús ESTRADA

Escuela Nacional de

Música, UNAM;

Conservatorio Nacional

EN EL AÑO DE 1939 se verificó en la ciudad de México el Primer Congreso Nacional de Música Sacra, habiendo tenido un éxito inesperado por la afluencia y participación de músicos de los más apartados rincones de la república. El fin que se perseguía era el de reglamentar la música usada en los actos litúrgicos de la iglesia en México, pues no había una dirección que guiara por buen camino las actividades de quienes la servían. Tengo presentes aún algunos pensamientos expresados en un trabajo que me fue asignado para ser leído en una de las sesiones habidas en el Congreso citado. Expresé en aquel entonces que había un profundo desconocimiento por parte del pueblo de México y del extranjero con relación a su cultura musical. Esta cultura quedó bien cimentada desde 1523 cuando fray Pedro de Gante fundó la primera escuela de artes y oficios, en la que ocupó un puesto de primacía la enseñanza de la música. Tuve el gusto, en esa ocasión ya mencionada, de presentar una obra desconocida aún hoy en día por una gran mayoría de mexicanos y que floreciera en los siglos xvi, xvii y xviii, dando con ello una muestra del interés que se tuvo por incrementar el cultivo de las artes, con especial dedicación el de la música.

El descubrimiento que Miguel Bernal verificó en el archivo musical del Colegio de Santa Rosa de Santa María de Valladolid vino a acicatear mi curiosidad e interés por encontrar en la ciudad de México algo semejante a lo que mi

desaparecido amigo había encontrado en Morelia. Esta curiosidad superó mis deseos después de estudiar en el antiguo archivo de la catedral metropolitana lo que se conservaba de algunas obras musicales que por más de un siglo permanecieron en completo olvido, naciendo así la creencia de que durante la dominación española poco o ningún caso se había tenido de impulsar y patrocinar el arte musical.

Vino a impulsar con mayor ímpetu mis búsquedas el conocimiento y examen minucioso de un libro que gentilmente me fue facilitado por el padre Jesús García Gutiérrez, cuya lectura me dio la certeza de que ya en las postrimerías del siglo xvi había un gusto refinado por el canto polifónico. En efecto, en él me encontré con obras de Palestrina y de otros autores europeos y nativos, incluyendo algunos cantos polifónicos con el texto nahuatl, prueba inequívoca de que esta música era cultivada no sólo por la élite, antes bien por el pueblo indígena.

Las obras encontradas en el archivo de la catedral de México denotaban la formación técnica de sus autores, apegada a la más pura tradición del siglo de oro contrapuntístico. Me estoy refiriendo al códice de Hernando Franco (siglo xvi), al de Francisco López y Capilla (siglo xvii), al de Alfonso Lobo (español, siglos xvi-xvii), al de Eduardus Lupus (Eduardo Lobo Duarte)—portugués—(siglos xvi-xvii), hallazgos que fueron para mí una revelación no sólo por su escritura y por la concepción de sus melodías, sino también por la fuerza plasmada en sus obras.¹ Además de estos tesoros—cuyo paradero hoy se ignora—tuve la grata sorpresa de encontrar una variedad de villancicos compuestos por los maestros de capilla durante los siglos xvii y xviii. Esta música, guardada en dos viejos estantes, había sufrido

¹ En el interesante libro editado por la Secretaría de Educación Pública en 1934, *Historia de la música en México*, cuyo autor es el maestro Gabriel Saldívar—pionero de la investigación musical en México—con colaboración de la hoy su esposa señora Elisa Osorio Bolio, se menciona la obra de Hernando Franco como compositor de música eclesiástica; música que a mi juicio tiene una jerarquía paralela a la de los polifonistas españoles Cabezón, Guerrero y Alfonso Lobo, de quienes continuó la escuela iniciada por éstos. Aclaro que este juicio no menoscaba la labor incansable de mi admirado maestro Saldívar, antes bien la ensalza por haber sido quien dio a conocer primero la categoría de los músicos que Nueva España tenía como representantes de su cultura.

el abandono probable de siglos, agregando a esto la falta de ventilación y la humedad que los invadía en perjuicio de su conservación.

En vista de ello la tarea primordial fue la de ir pacientemente separando las obras para poder distinguir unas de otras; mas el trabajo empleado no fue lo eficaz que se esperaba. Un buen número de villancicos tenían adheridas sus hojas, a las que tuve necesidad de someter a una cirugía reconstructiva sirviéndome de una fina hoja de rasurar para lograr despegarlas y poderme enterar de su contenido. La tarea impuesta me permitió rescatar la mayor parte, obteniendo así una recompensa que confío en compartir con el público de México en la nueva edición de discos que tiene en perspectiva Difusión Cultural de la UNAM.

En alguno de los años en que fue presidente de la república el general Manuel Ávila Camacho surgió la idea, entre varios jaliscienses, de dar a conocer lo que aquel estado había elaborado artísticamente durante su vida independiente, conjuntando todas las manifestaciones de aquella índole que estaban dispersas por todo su territorio. Esta idea le fue propuesta al licenciado Jesús González Gallo, entonces secretario particular de la presidencia, quien como buen tapatío aceptó sin reticencia, dando el patrocinio necesario. La *muestra*, llamada así, comprendía lo producido en música culta y popular, pintura, danza, literatura y poesía, o sea un acervo artístico que debería ser presentado en el teatro de Bellas Artes. Para tal fin fueron nombradas varias comisiones encargadas de cristalizar esta bella idea. Al suscrito tocóle la de investigar la música escrita antes del siglo XIX. Para ello solicité el permiso de revisar el archivo de la catedral de Guadalajara, por ser el único lugar en donde pudieran encontrarse obras de la época barroca. La visita a él tuvo éxito, no obstante encontrarse muy diezmado a causa del desorden provocado por la revolución de 1914, en la que archivos enteros fueron destruidos y otros quedaron incompletos. Las pocas obras que encontré, por ser de buena calidad, las utilicé para ser presentadas en México, una vez copiadas y arregladas para orquesta de cámara.

Otra sorpresiva experiencia la tuve en Puebla, en donde se me aseguraba que los libros guardados en la biblioteca catedralicia contenían sólo cantos gregorianos; pero gracias a mi insistencia un canónigo de aquella centenaria catedral accedió a mi petición de revisarlos, acompañándome a la visita a aquel venerado recinto en donde están guardados

libros de los más variados temas, empastados en pergamino, y quizá algunos manuscritos de gran valor, dada su antigüedad. Se incluían en ellos los usados en facistol, éstos sí con neumas gregorianos escritos en grandes caracteres para que en el coro de la capilla pudieran ser leídos con facilidad. Con aquella evidente demostración mi introductor dio por satisfecha su afirmación. A pesar de ella, con la vista recorrí los estantes sin darme por vencido cuando de pronto aparecieron ante mis ojos una serie de libros (los últimos cercanos al techo) con las características propias, por su tamaño y empastado, de los códices polifónicos, al tiempo mismo que le decía a mi introductor: "esos libros contienen música coral". Mi afirmación parecía ociosa después de lo sostenido por él. Hubo pues necesidad de bajarlos para que constataste que no estaba yo equivocado. Al enterarse de que yo tenía la razón, su cara se transformó y alegremente me aseguró que daría cuenta al cabildo de mi descubrimiento, ya que ninguno de los integrantes del capítulo sospechaba que en su catedral existiera un tesoro tan valioso.

Transcribo en seguida el índice de este archivo, que por sus dimensiones no tiene paralelo con ningún otro que exista en México. No solamente lo compone la serie de códices ya dichos; hay además cientos de villancicos que no me fue posible catalogar y en los que es posible encontrar textos de sor Juana Inés de la Cruz, quien fue contemporánea de Antonio de Salazar, maestro de capilla y compositor de aquella catedral.

He aquí la lista:

1. Un libro de *magnificat* y *faux bordon* de autor anónimo (copia de 1789).
2. Un libro de motetes de Cristóbal Morales.
3. Un libro de misas a cuatro y cinco voces y un *asperges me*. Autor: Juan Pedro Luis de Palestrina.
4. Un libro con ocho misas a cuatro, cinco y seis voces, la última de difuntos y un *asperges me*. Autor: José Torres.
5. Un libro con 18 salmos y 34 himnos. Autores: Francisco Guerrero y Antonio de Salazar.
6. Un libro de misas a cuatro y cinco voces con *asperges me* para el año. Autor: J. P. L. de Palestrina.
7. Un libro con 42 salmos y catorce himnos a cuatro, cinco, seis y ocho voces, de autor anónimo.
8. Un libro con ocho misas a cuatro y seis voces. Autor: Felipe Rogier.

9. Un libro con aleluya, siete misas, oficio de la Purísima y la Pasión, de la feria IV *in parasceve*. Autor: J. P. L. de Palestrina.
10. Un libro de *magnificat*: tres del I modo, dos del II, dos del III, dos del IV, dos del V, dos del VI, dos del VII y tres del VIII. Dos *benedicamus*. Autor: Sebastián Vivanco.
11. Un libro con seis misas y siete motetes *inter misarum solemnía de cantande*. Autor: Alfonso Lobo.
12. Un libro con veintiún himnos, estilo *faux bordon*, de autor anónimo.
13. Un libro con oficio de difuntos, de autor anónimo.
14. Un libro con cinco misas, un ferial, una pasión, una lamentación de la feria V. Lamentación de la feria VI. *Stabat mater*. *Lactio pro defunctis* y antifonas de varias fiestas. Autor: Juan Gutiérrez de Padilla.
15. Un libro de salmos, de autor anónimo.
16. Un libro de *asperges me, vide aquam* y seis misas. Autores: J. P. L. Palestrina y Hernando Franco.
17. Un libro de salmo a cuatro y cinco voces. Autores: Padilla, Guerrero, Rocher, Ceballos y Orlando de Lassus.
18. Un libro con una misa de feria, *adjuva nos, gloria laus, Israel es tu*. Pasión del domingo de Ramos. *Vexilla, adjuva nos* y *vexilla*. Autores: Guerrero y Morales. Además ocho *magnificat* en los VIII modos de Morales. Idem, *monstrate* de Fructuoso del Castillo. Idem, *Domine ad adjuvandum* de Bermudes. Idem *monstrate* de H. Franco.
19. Un libro con misas feriales y motetes varios de autor anónimo.
20. Un libro de *magnificat* en los VIII modos de autor anónimo.
21. Un libro con salmos de vísperas, comunes y de la Virgen. Himnos para todo el año y 4 *magnificat*. Autor: Juan Navarro y Torres.

Esta enormidad de obras requieren años de trabajo incesante para darlas a conocer. ¿Quién sería capaz de semejante empeño?

Infortunadamente esta interesantísima biblioteca ha sido cerrada para el que quiere investigar y sólo le es permitido obtener datos mediante una solicitud hecha al encargado de vigilar el archivo para que le sea mostrada, fuera del recinto, la obra que desea conocer. Termina así la labor de investigación y comienza la de la burocracia.

Al principio de mi escrito hablaba del interés que he tenido y tengo por dar a conocer al pueblo de México las riquezas musicales que permanecen encerradas en los viejos estantes de nuestras catedrales sin dar señales de vida y sólo haciendo sentir su presencia (muy pocas veces) por medio de audiciones vivas o en grabaciones. Como una aportación a la cultura musical de nuestro país, dos instituciones de primer orden dedicadas a impartir la enseñanza de la música en la ciudad de México —la Escuela Nacional de Música de la UNAM y el Conservatorio Nacional— me han conferido el encargo de investigar y transcribir a la semántica actual las obras que sea posible rescatar a todo lo largo de la república. Para cumplir esta misión he tenido que realizar viajes a distintas provincias de nuestro territorio. Uno de ellos ha sido a la ciudad de Oaxaca, ciudad que cuenta con un historial artístico-musical de gran relieve durante los siglos del virreinato. En ella floreció la música culta en escala ascendente hasta el fin de la posesión española. El nombre de los compositores que contribuyeron a enriquecer el archivo de su catedral casi se ha perdido y sólo unas cuantas obras testifican una formación profesional digna de ser tomada en cuenta. Pero no sólo sus compositores dieron fe de su preparación, sino también sus ejecutantes, quienes fueron recibidos sin reservas en la capilla musical de la ciudad de México al conocerse su origen.

Repetidas veces he visitado aquella interesante provincia y para colmo de mis ambiciones en cada ocasión me he encontrado con sorpresas. Uno de ellos es el de haber conocido, en una de mis primeras visitas —a fines de la década de los sesenta—, un libro muy importante con fecha de 1609-1620, destruido en gran parte por la polilla, pero que en algunas de sus páginas se podía apreciar el origen de una mano sapiente que inspiró su contenido. Mas como en esas fechas mi mente estaba ocupada en rastrear los libros de actas del cabildo de aquella iglesia inquiriendo datos sobre el destino de nuestro gran músico el bachiller don Manuel de Sumaya (1600-17...), exiliado por propia voluntad en aquella ciudad en donde permaneció hasta su muerte, no le presté la atención debida. Fue pues que hasta mi última visita dedicara mi tiempo a examinar el libro, gracias a la atención del padre Fernando Vázquez —guardián de este códice. El libro en cuestión lleva la firma, en cada una de sus páginas, de Gaspar Fernández —¿autor o copista?— Tiene las dimensiones de un libro manuable, quizá

treinta por cuarenta centímetros, por lo que se presume que era usado en los servicios particulares de su propietario. Al revisarlo detenidamente me encontré algunas obras libradas de aquella larva destructora y con posibilidades de ser transcritas, pero lo que más me ha llamado la atención es una de forma mayor: una misa completa, además de otras obras de género religioso y festivo. Aquella es importante por el uso que hace del *cantus firmus* cuyo texto es "Tu es Petrus..." mezclado con la polifonía de los *kyries* que canta el coro. Igual particularidad sucede en los *agnus*, pero en ellos el *cantus* se refiere a san José: "Sanete Joseph, ora pro nobis". La misa pudo haberse dedicado a ambos santos.

El *cantus firmus* tiene una procedencia anterior al siglo xvi, cuando los compositores usaban el tema de una canción popular o un canto gregoriano como base de inspiración para sus trabajos. El trabajo mencionado tiene interés artístico, pues muestra que quien lo realizó conocía a fondo su *métier*. No es de extrañar por otra parte que el autor de la misa haya sido devoto o realizador de un encargo para componer así la obra, pues la Congregación de Nuestro Padre Señor San Pedro —como era conocida—, era auspiciada por el clero secular y fortalecida por el sector criollo. Sospechamos por ello que la misa citada fue así sugerida en su factura por los criollos, quienes encargaron a autores, músicos y poetas muchas obras dedicadas a san Pedro en los siglos xvii y xviii.

Mis correrías por las provincias me llevaron hasta la ciudad de Durango por sugestión de un librito editado por el señor Francisco Antúnez, en el que asentaba la existencia y señas particulares de un archivo musical muy valioso en la catedral de aquella ciudad. Con la aquiescencia de monseñor Aviña López, arzobispo de aquella diócesis, se me permitió visitarlo. Me encontré con una vasta producción musical aún no clasificada pero dotada de obras escritas por maestros de su capilla y copias de otras europeas de los siglos xvii y xviii. Tengo en mi poder algunas copias de los originales, que no he tenido ocasión de estudiar, pero tengo el propósito de hacerlo posteriormente. Presumo que tendrán un interés particular por tratarse de un estilo especial, diferente a las conocidas por mí hasta hoy.

Con lo escrito en este relato, apunto algunas de las intervenciones que he tenido en el campo de la investigación en México. Sólo espero que el tiempo me traiga nuevas sorpresas como las que hasta aquí he relatado.